

## «AXOLOTL» Y EL DESEO DE MORIR

Terminada la lectura de *Axolotl*, el conocido cuento de Julio Cortázar, el juicio crítico queda suspendido en una incómoda sensación de ambigüedad en cuanto a un entendimiento real del relato. Esa sensación surge, en primer lugar, de la dificultad de describir claramente su estructura. Es patente que el lenguaje comunicado es usado con evidente intención de crear una ambigüedad en que la delimitación estricta de algunos elementos del mundo ficticio representado es difícil de establecerse. En segundo término, si es que se llega a un consenso sobre el problema estructural, está el de plantear una exploración del trasfondo metafísico del cuento, en que se cuestionan aspectos fundamentales de la naturaleza humana como organismo viviente. Es obvio que todo análisis de una estructura de lenguaje ficticio termina en una serie de planteamientos metafísicos. Este es el nivel que en especial nos interesa examinar en *Axolotl*. Llegaremos a él a partir de ciertas consideraciones sobre la ordenación de elementos con que el cuento se nos manifiesta.

Creemos que es posible hacer dos lecturas de la narración. Una de ellas contemplaría una «transmigración» por la que la conciencia de un hombre se intercambiaría con la de un axolotl para quedar atrapada en el cuerpo limitado del batracio, mientras la de éste pasa a la del hombre, tomando así mayor libertad de movimiento. Ambas especies son equiparadas porque tienen conciencias semejantes:

Ahora soy definitivamente un axolotl, y si pienso como un hombre es sólo porque todo axolotl piensa como un hombre dentro de su imagen de piedra rosa (1).

Esta interpretación daría por cierta la existencia de dos conciencias diferentes, lo que parece comprobarse con diversos pasajes de la narración; al comienzo, cuando el narrador se identifica, dice:

---

(1) Julio Cortázar: *Axolotl. Final del juego*, 1964, quinta edición, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1966, p. 168. De aquí en adelante citaremos esta edición, dando el número de página junto al texto.

Hubo un tiempo en que yo pensaba mucho en los axolotl. Iba a verlos al acuario del Jardín de las Plantas y me quedaba horas mirándolos, observando su inmovilidad, sus oscuros movimientos. Ahora soy un axolotl (p. 162).

A primera vista la cita parece afirmar una «transmigración»; más tarde, una vez que ella ya ha ocurrido, esa idea es reforzada con palabras que tienden a diferenciar identidades:

Yo era un axolotl y sabía ahora instantáneamente que ninguna comprensión era posible. Él estaba fuera del acuario (p. 167).

Producido el intercambio, a continuación viene el alejamiento:

El volvió muchas veces, pero viene menos ahora. Pasa semanas sin asomarse. Ayer lo vi, me miró largo rato y se fue bruscamente. Me pareció que no se interesaba tanto por nosotros, que obedecía a una costumbre (p. 167); creo que al principio yo era capaz de volver en cierto modo a él—ah, sólo en cierto modo—y mantener alerta su deseo de conocernos mejor (pp. 167-168).

De acuerdo con esta lectura queda abierto el camino para especular que la transmigración es circular y quizá infinita. Cumpliría con uno de los propósitos de toda la obra de Cortázar, el de provocar una súbita «desrealización» de un mundo rutinariamente captado según el principio lógico de identidad. Se ofrece la duda de que no todos los seres humanos son tales, sino batracios. La duda abarcaría, además, tanto al lector como al autor implícitos, pues se da la sugereencia para pensar que, en cuanto a este último, su idea del cuento no es propia, sino del axolotl:

Y en esta soledad final, a la que él ya no vuelve, me consuela pensar que acaso va a escribir sobre nosotros, creyendo imaginar un cuento va a escribir sobre todo esto, sobre los axolotl (p. 168).

La segunda lectura que estimamos posible consultaría una equiparación de las dos especies porque *las une una conciencia común*, nexo que el hombre ha olvidado. Planteado así, el desarrollo del relato no llevaría al intercambio de conciencias, sino a la anamnesis. Brevemente, en un punto crucial, el hombre intuye que la conciencia que habita su cuerpo es también la que se aloja en la del axolotl, cosa igualmente demostrable con referencias textuales. Cuando la obsesión del hombre por los batracios llega a su culminación, tiene la siguiente experiencia:

Mi cara estaba pegada al vidrio del acuario, mis ojos trataban una vez más de penetrar el misterio de esos ojos de oro sin iris

y sin pupila. Veía de muy cerca la cara de un axolotl inmóvil junto al vidrio. Sin transición, sin sorpresa, vi mi cara contra el vidrio, en vez del axolotl vi mi cara contra el vidrio, la vi fuera del acuario, la vi al otro lado del vidrio. Entonces mi cara se apartó y yo comprendí (p. 166).

Por un instante, entonces, uno es espejo del otro, *doppelgänger*, el hombre intuye la unidad primordial de conciencia:

Conociéndolo, siendo él mismo, yo era un axolotl y estaba en mi mundo (p. 167).

En el cuerpo del axolotl las dos perspectivas, humana y de batracio, conviven por un corto tiempo. El sector de la conciencia común que antes se considerara sólo humana, comete el error de creerse conciencia entrampada en un cuerpo que no le corresponde, y su reacción primera es el terror. Pero la proximidad y las señales de otro axolotl iluminan su condición verdadera:

El horror venía —lo supe en el mismo momento— de creerme prisionero en un cuerpo de axolotl, transmigrado a él con mi pensamiento de hombre, enterrado vivo en un axolotl, condenado a moverme lúcidamente entre criaturas insensibles. Pero aquello cesó cuando una pata vino a rozarme la cara, cuando moviéndome apenas a un lado vi a un axolotl junto a mí que me miraba, y supe que también él sabía, sin comunicación posible pero tan claramente (p. 167).

En adelante el relato ofrece al lector la visión del mundo desde el sector axolotl. Ya en esta etapa la intuición de la unidad mental se ha roto. El hombre la olvida y vuelve a la suposición de su individualidad intransferible.

Pero los puentes están cortados entre él y yo, porque lo que era su obsesión es ahora un axolotl, ajeno a su vida de hombre (p. 167).

Al concluirse la narración el conocimiento de la continuidad mental sólo queda en el sector axolotl de la conciencia común. Nada más que allí está la certidumbre de que los contenidos de la conciencia humana son los mismos que la del batracio:

Y en esta soledad final, a la que él ya no vuelve, me consuela pensar que acaso va a escribir sobre nosotros, creyendo imaginar un cuento va a escribir todo esto sobre los axolotl (p. 168).

Como discutimos, es posible hacer dos lecturas de *Axolotl*, y en ello hay ecos que recuerdan a *Rayuela*. Sin embargo, en último término ambas se reducen a la intención ya mencionada de «desrealizar» el mundo. Las identidades del narrador, del autor, del lector —de todos los seres humanos—, se comprometen en un juego de transfiguraciones que las equipara con la de una de las formas de vida más primitivas, haya dos conciencias o una común.

Y ahora bien, ¿qué significado «metafísico» tiene el cuento? Su descripción formal nos deja la sensación de que para captarlo no bastan los alcances que arriba esbozamos. No se responden preguntas que son vitales en el relato: ¿qué lleva a la conciencia-hombre a fascinarse con los batracios en particular y no con otra forma de vida? Anteriormente su atención estaba dedicada a los leones y las panteras. Y una vez que la fascinación se hace obsesiva y se produce la transmigración o la anamnesis, ¿qué principio vital fundamenta la equiparidad entre ser humano y batracio? Puesto que ésta es la pregunta central en cualquiera de las dos lecturas, nuestro trabajo busca responderla como iluminación de ambas.

Estimamos que en el interés primero de la conciencia-hombre por los leones y las panteras hay una admiración inconsciente por su vitalidad instintiva. La decisiva visita al acuario de los axolotl se debió a que los felinos no estaban en el estado de dinamismo alerta con que habitualmente los encontraba:

Los leones estaban feos y tristes y mi pantera dormía (p. 161).

Sin embargo, su admiración por la vitalidad instintiva en nada se compara a la fascinación que experimenta por los axolotl. Desde la primera mirada que les echa intuye un nexo con ellos hasta entonces desconocido

... desde el primer momento comprendí que estábamos vinculados, que algo infinitamente perdido y distante seguía sin embargo uniéndonos (p. 162).

Pero en comparación con el interés por la energía felina, el que siente por los axolotl es diametralmente opuesto: los batracios apelan a él por su aparente falta de vida:

Fue su quietud lo que hizo inclinarme fascinado la primera vez que vi a los axolotl (p. 163).

Además de describir su cuerpo primitivo, «semejante a un pequeño lagarto», «terminado en una cola de pez», con un lomo por el que «le corría una aleta transparente que se fusionaba con la

cola», con patas de «uñas minuciosamente humanas», el narrador insiste en su aspecto inanimado que, no obstante, tiene vida. Para representarlo usa frases como «un rostro inexpresivo», «carentes de vida pero mirando», «una estatuilla corroída por el tiempo», «de frente una hendedura rasgaba apenas la piedra sin vida», «una inmovilidad indiferente», «las finas patas de piedra», «ese sopor animal». De modo que la admiración por la vitalidad felina es usurpada por otra más potente y más básica: la atracción por formas de vida que, teniendo impulsos vitales, están, sin embargo, cercanas a la materia inerte.

Tanto en la lectura-transmigración como en la lectura-anamnesis es común la fascinación por la tensión vida-muerte. También en ambas hay un retorno a una forma de vida más primitiva. Si aceptamos que la atracción por los felinos y los batracios hieráticos es una fascinación inconsciente por lo instintivo, de inmediato viene a la mente un paralelo con teorías del instinto que ha elaborado el psicoanálisis. En ellas encontraremos respuestas que arrojan luz sobre los problemas que hemos planteado.

En la última parte de su carrera, Freud postuló que los instintos más básicos de los organismos vivos son los de vida (Eros) y de muerte (Thanatos) (2): el primero es el que tiende a mantener el impulso vital en los organismos y promueve su asociación con otros organismos para dar nacimiento a formas de vida más complejas, como la especie humana. Thanatos es el instinto que lleva a los organismos a la regresión a estados anteriores de su desarrollo. En último término, el estado más primordial a que aspira el organismo es el de la sustancia inanimada de la que surgió. Freud expresó esta noción de los ciclos vitales en su famosa frase «el objetivo de toda vida es la muerte».

La relevancia de estas ideas para nuestros propósitos nos obliga a ampliarlas. En su teoría de los instintos, Freud señala un desarrollo histórico para su surgimiento. En los comienzos sólo existía la materia inerte. La relación de la tierra con el sol habría producido reacciones geológicas y químicas que instauraron el impulso vital en la sustancia hasta entonces inanimada. Ese hálito de vida se debió a influencias perturbadoras externas que la materia experimentó como una tensión irritante e intentó cancelarla de inmediato. Así surgió el primer instinto, Thanatos, el de retorno a lo inanimado. En las formas de vida originales el retorno era casi inmediato; por un período se dio la constante creación de sustancia viva que recaía rápidamente

---

(2) La presente discusión está basada en *Beyond the Pleasure Principle. The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, vol. XVII, London, The Hogarth Press, 1955.

en la muerte. Más tarde las circunstancias externas que crearon la vida cambiaron y ésta se hizo cada vez más estable y compleja, por lo que el instinto de muerte debía hacer circuitos cada vez más largos y amplios hacia su objetivo.

Como se observa, los instintos de vida y muerte son concebidos como esencialmente conservadores y conflictivos. Thanatos mantiene su impulso de regresión, acelerando el cumplimiento de todos los estadios de desarrollo del organismo para llevarlo a su muerte, mientras Eros permite el dinamismo hacia cada etapa para refrenarlo una vez alcanzada, prolongando la permanencia de la vida. La vida es, por ende, un ritmo vacilante entre dos extremos.

Pensamos que *Axolotl* recoge ese ritmo conflictivo para iluminar estéticamente el significado de la tensión vital en el hombre como ser consciente, como también su nexa instintivo con otras formas de vida y proclamar una unión en el flujo vital que las sostiene. Se hace ya evidente que la atracción de la conciencia-hombre por los axolotl es guiada por el instinto de muerte, que exige el retorno a uno de los eslabones ya superados por la humanidad en la escala evolutiva. La razón está en que los procesos mentales del hombre están regulados por el principio de placer. La satisfacción psíquica del placer se cumple cuando el aparato mental es excitado en la menor cantidad posible; las descargas de excitación significan sufrimiento. Por lo tanto, hay una relación entre el placer mental y Thanatos, pues el vacío mental máximo sólo puede darse con la muerte. Cuando la conciencia-hombre dice «fue su quietud lo que me hizo inclinarme fascinado la primera vez que vi los axolotl», está afirmando la aspiración inconsciente a entrar en un estado de placer más intenso y estable. Desea escapar hacia un nirvana que elimine los estímulos de la civilización que bombardean su mente trayéndole dolor. En su inconsciencia desea retornar a una forma de vida anterior, en su urgencia por volver a la materia inerte, de «piedra sin vida», de «sopor mineral». En esa busca del placer total y de la muerte está el vínculo que intuye con los axolotl, ese «algo infinitamente perdido y distante [que] seguía sin embargo uniéndonos». En esa aspiración está también la explicación de la «voluntad secreta» que adivina en ellos, la de «abolir el espacio y el tiempo con una inmovilidad indiferente», en otras palabras, la voluntad de abolir el proceso histórico que estabilizó el impulso vital en la materia inanimada, asentando con ello la experiencia de la vida y, por ende, la tensión del sufrimiento.

Pero a medida que crece la obsesión por las larvas que representan el placer máximo, intuye en ellas un sufrimiento insospechado.

en su «inmovilidad indiferente», el que nace de la chispa vital que las anima:

Cada mañana, al inclinarme sobre el acuario, el reconocimiento era mayor. Sufrían, cada fibra de mi cuerpo alcanzaba ese sufrimiento amordazado, esa tortura rígida en el fondo del agua (p. 166).

Si aceptamos la lectura-transmigración, desde el acuario los axolotl miran al hombre con envidia, porque desean las posibilidades de desarrollo más amplias que les exige el instinto de vida, es decir, habitar el cuerpo del hombre. Frente a esos organismos más simples éste se siente absurdamente culpable por haber alcanzado ese desarrollo que las larvas no tienen:

Los axolotl eran como testigos de algo, y a veces como horribles jueces (p. 165).

Efectuado el intercambio de conciencias, la conciencia-hombre que antes aspiraba con vehemencia a la calidad de piedra sin vida es ahora controlada por Eros, el impulso opuesto, y descubre que el placer cercano a la muerte es imposible mientras haya una pizca de vida:

Los axolotl se amontonaban en el mezquino y angosto (sólo yo puedo saber cuán angosto y mezquino) piso de piedra y musgo del acuario (p. 162).

Si nos inclinamos por la lectura-anamnesis podríamos argüir que en el instante en que el hombre recuerda el nexo perdido, sus inconscientes aspiraciones de placer-muerte en el retorno a una forma de vida primitiva han sido derrotadas, pues en ese cuerpo estrecho jamás encontrará paz mientras lo anime un soplo de vida. La intuición de esta verdad es demasiado adversa para sus deseos subterráneos, por lo que la conciencia del callejón sin salida queda sólo en el sector axolotl de la conciencia común.

Al llegar a un sumario de los aspectos que hemos aportado sobre *Axolotl* no podemos dejar de llamar la atención sobre el basamento surrealista del relato. Uno de los problemas fundamentales de este movimiento literario ha sido el de plantear la rebelión instintiva del hombre frente al principio de realidad que disciplina su existencia (3). Tres de los personajes más conocidos de Julio Cortázar—Johnny Carter, Persio y Horacio Oliveira—han concretado esta lucha. Ahora

---

(3) Ferdinand Alquié: *Imagination. The Philosophy of Surrealism*. Trad. al Inglés por Bernard Waldrop (Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1965, p. 159).

bien, si tomamos el cuento discutido como sintomático de una tendencia oculta en la literatura del autor argentino, súbitamente nos encontramos ante una sorpresiva perspectiva de iluminación de las motivaciones de esos personajes. Es posible postular que su paso por el mundo está impulsado por un inconsciente deseo de morir.

Para comprobarlo es necesario tener en mente que Carter, Persio y Oliveira son *outsiders* en su mundo, rebeldes ante el sistema de autoridades, valores, instituciones, símbolos e ideas convencionales que lo rigen. La revuelta de Carter se manifiesta mediante una personalidad de temperamento artístico que, por las descargas de irracionalidad que inundan con frecuencia su conciencia, es incapaz de funcionar adecuadamente en una sociedad fundada en el racionalismo burgués que lleva a compromisos de eficiencia económica, responsabilidad ante los marcos legales, consumo y producción de objetos tangibles, estilo de vida que queda representado por Bruno, crítico racional del músico. La rebelión de Persio es similar en cuanto a que su perspectiva visionaria del mundo lo incapacita para enfrentarse a él por medio de la acción. En el corto viaje de los premiados ésta asume las proporciones de un absurdo en que gratuitamente se protesta contra la disciplina impuesta por una autoridad caprichosa. Por su parte, Oliveira paulatinamente descarta los criterios de sanidad, lógica, moralidad y ética que apoyan la convivencia humana para, finalmente, alcanzar la visión del «kibbutz del deseo», centro totalizador de la realidad. Todos estos personajes abandonan la experiencia de un mundo como campo de acción manipuladora de los entes que allí se encuentran y prefieren fundirse en una visión trascendental superior, en un mandala en que se cancelan las oposiciones objeto-sujeto, dinamismo-estatismo y la fragmentación temporal. En el plano suprarreal que alcanzan, el dinamismo temporal es percibido como estatismo absoluto, las dimensiones temporales de pasado, presente y futuro se perciben en una simultaneidad eternizadora. Por último, es preciso reconocer que para lograr tal perspectiva vital es necesario, primero, dejar de ser ente humano. Para el ser humano ese balance absoluto, ese estatismo y esa eternidad sólo se alcanzan con la muerte.

Las proyecciones de lo que comprobamos son extraordinariamente vastas e inquietantes en cuanto al sentido de la literatura de Julio Cortázar. La crítica ya ha hablado con suficiencia sobre la revolución metafísica implícita en ella: someterse a la lectura de sus relatos equivale a una experiencia que expande los marcos de la realidad convencional. Por lo tanto, al cerrar sus libros estaremos mentalmente preparados para no aceptar el orden constituido por las sociedades

burguesas e indirectamente estaremos participando en una conspiración subversiva. Quizá lleguemos a cuestionar nuestra ubicación en la realidad de una manera que recuerde a Carter, Persio y Oliveira. Aparentemente habría en ello una afirmación de la vida como eterno impulso de rebeldía. Sin embargo, ¿nuestras comprobaciones a partir de *Axolotl* no estarían demostrando que la de Cortázar es más bien una literatura para la muerte?

*HERNAN VIDAL*

Dpt. of Spanish  
University of Minnesota  
318 Folwell Hall  
MINNEAPOLIS, Minn. 55455  
USA